

**Juan José Morosoli**



**Arboleya**

**textos.info**  
biblioteca digital abierta

---

# Arboleya

Juan José Morosoli

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 8522**

---

**Título:** Arboleya

**Autor:** Juan José Morosoli

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 26 de febrero de 2025

**Fecha de modificación:** 26 de febrero de 2025

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Arboleya

Cuando viene el carro de Arboleya hay que ponerse contra el viento...

—Mismo. Sentís el olor antes de verlo...

Era así. Cierto que él no era "muy cuidadoso de su persona", pero hay que comprender que ni él, ni el carro, podrían oler bien. "Le pertenecía" al oficio oler mal. El carro estaba toldado con bolsones de lana viejos, medio quemados de remedios de curar ovejas. La grasa lo había como encerado. Y en él ponía todo lo que compraba, que eran los desechos de las estancias. Cueros de epidemia, tajeados o mal curados, garras, descascarreo. Sobrantes de grasa que las peonas iban echando, colada a colada, en latas pringosas, derrites que ranciaban. Huesos. Bolsitas de yel para los curanderos...

El vestía unas bombachas sujetadas con un cinto, ancho de un gеме, que bajaba desde los riñones al nacimiento del vientre, con lamparones de grasa y manchas de toda laya. Calzaba alpargatas tajeadas en el empeine, redondo como una galleta.

Algún curioso observando la carga, preguntaba a veces:

—¿Pero dónde colocás eso, Arboleya?

Y él respondía:

—En el pueblo... El pueblo es como el chancho; aprovecha todo...

—¿Pero en que?

—Si te digo que los güesos van a parar al azúcar y de las garras hacen "vernís", te reirás...

Entraban a conversar y entonces el curioso aceptaba que el negocio de Arboleya sería sucio, pero era bueno.

\* \* \*

En un cajoncito ponía lo de vender o cambiar. Prefería el trueque a la compra-venta. Las cosas de vender se las proporcionaba el Turco Navidad. Eran cosas para mujeres casi todas. Prendedores, guardapelos. Polvos y cremas para la cara. Santitos.

En la orilla del pueblo tenía el rancho y un galpón de latas abiertas para guardar el carro.

En el campo, en verano, acampaba en cualquier lado. En invierno, en los galpones de las estancias o en el depósito del almacén de Alves, término de su viaje.

Hasta el día que resolvió cambiar de recorrido, para no "limpiar" muy seguido a sus proveedores.

Fue cuando llegó por el camino viejo de Carapé a lo de Rosas, que tenía almacén y "compra de frutos". Allí encontró el rastro de Méndez. Dio con él y esto le trajo cambios grandes en su vida.

\* \* \*

Con Méndez eran más que amigos. Se consideraban hermanos. Un día, sembrados por la vida, lejos uno del otro, se perdieron. Ahora después de veinte años, se encontraron.

Hijos de peona los dos. Juntos habían crecido, mientras las madres lomeaban en las cocinas de las estancias o lavaban en el arroyo. Un día la madre de Arboleya se fue con un contrabandista y no se supo nunca más de ellos. El quedó con la madre de Méndez, hasta que a la pobre la llevaron al camposanto. Méndez fue a dar con un herrero vasco, más bueno que el pan. De aprendiz, de cocinero y "hasta de asistente" porque el vasco, una vez al mes iba al boliche y hasta que no estaba borracho neto, de caerse al suelo, no dejaba de tomar. Entonces Méndez, ayudado por el bolichero, lo cargaba en el carrito de pértigo y tocaba para la herrería.

Arboleya quedó solo en la estancia. Y como "no era responsable de nadie y nadie de él", se fue al pueblo. Hizo de todo. Hasta dar con el negocio que tenía ahora.

Méndez cambió de pago y ya no se encontraron más. Hasta ahora.

\* \* \*

Méndez se había casado. Era dueño de una herrería, una chacrita y padre de un niño. Estaba afirmado en la vida.

\* \* \*

Después del encuentro, empezó una nueva vida para Arboleya.

Llegaba al almacén, dejaba el carro, se ponía en manos del barbero, levantaba una muda nueva y vestía un traje de sastrería, que depositaba allí, cuando regresaba. En invierno se bañaba en un viejo baño de ovejas; en verano partía hacia el arroyo. Se cambiaba y regresaba que era "un tendero o un violinista de bien vestido". Entonces se iba a lo de Méndez. Pasaba allí cinco o seis días.

La felicidad de Méndez, la amistad caliente que le demostraba, aquellos "hermano" con que llenaba su conversación, le conmovían. La mujer le había despertado una ternura que nunca conociera y "el machito", cuando él llegaba, lo seguía por todos lados como un perro.

—Estando yo, no tiene ni padre ni madre —decía Arboleya feliz.

Lo paseaba a caballo, lo sentaba en la falda y le contaba cuentos de animales, inventaba aventuras y viajes por lugares extraños para entretenerlo. A veces le llevaba al almacén y lo vestía de pies a cabeza. Una vez le compró un traje de marinero. Fue cuando le tuvo que explicar lo que era el mar.

—Se lo expliqué... Y eso que nunca lo había visto... ¡Taba obligao!...

\* \* \*

Si le preguntaban por qué no se casaba, respondía:

—¿Pa qué?

—Pa tener casa, familia.

—¿Quiere mejor familia que la de Méndez?

—Bueno, pero...

—¡Esa es mi familia! Ella es buenísima. El es un hombre especial y el niño no le digo nada... Me caso y a lo mejor me sale una quiebrafrenos y de hijo un pasmao... Pa mí esa gente es todo...

\* \* \*

Estaba al término del viaje, cuando supo que Méndez era muerto hacía días. Fue una noticia que lo dejó sin habla. Saltó al carro y empezó a castigar los caballos como un loco. Al anochecer llegó a las casas.

\* \* \*

Frente al rancho, vio la mancha negra que formaban la madre y el hijo. La ropa negra, el silencio y la inmovilidad, les fundían en una sola figura que iba juntándose con la noche.

Arboleya bajó del carro, con su olor a grasa rancia, a creolina, su barba de veinte días, las alpargatas deshechas, los dedos pisando tierra.

Ya sobre la mujer y el hijo se quedó sin saber qué decir, abrumado por aquellas presencias que tenían sobre sí la muerte del amigo.

La mujer se levantó lentamente, le estiró la mano muerta y se puso a llorar suavemente. El niño se apretaba contra ella, la cara hundida en el merino negro de la pollera. Luego se dio vuelta hacia la casa.

—Voy a buscarle el mate —dijo.

Y ya sobre la puerta:

—No lo hago entrar porque estoy sola...

Arboleya se acercó al carro. Se apoyó sobre las varas y se puso a llorar. Tenía la seguridad de que Méndez al irse, se había llevado la mujer y el hijo y lo había dejado solo...

Más solo que antes, cuando era solo y no lo sabía...

## Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.<sup>4</sup> Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.